

mundo de su encarnación y nacimiento, de su vida y su doctrina, de su pasión y de su muerte, y, por último, de su ascensión gloriosa á los cielos. ¿Quién puede dudar de que todo esto tuvo entero cumplimiento? ¿Y quién no se asombra al considerar el modo con que lo hicieron?

Que dieran los Apóstoles testimonio de Jesús y de su doctrina, se concibe bien; pero que aquellas gentes lo creyeran, y que lo confesaran públicamente, y que sellaran con su sangre la fe en la divinidad de Jesucristo, tomándole por Dios y Rey de sus corazones, esto es lo que pasma y maravilla. Y, sin embargo, así aconteció, para que todo el mundo, que no estuviera ciego por la pasión, cayera postrado ante el Mártir del Gólgota y dijera de lo íntimo de su corazón: «*Creo en la divinidad de Cristo Nuestro Señor Dios y hombre verdadero.*»

¿Cómo se concibe que unos hombres como los Apóstoles, escasos en número, iliteratos, sin talentos, sin crédito, sin bienes, sin apoyo de las potestades humanas, antes bien siéndoles hostiles, habían de convertir á los sabios y poderosos del mundo? No obstante los convirtieron y Jesús lo predijo.

¿Quién podía imaginar que tales Apóstoles osaran decir á los judíos habitantes en Jerusalén: «Vosotros, que habéis prendido y encarcelado y crucificado á Jesucristo, habéis consumado en su persona adorable el mayor de los crímenes, porque Jesucristo no es puro hombre, sino Dios y hombre verdadero?» No obstante lo hicieron y Jesús lo predijo.

¿A quién no asombra que aquellos sabios y poderosos de la tierra que odiaban y despreciaban á Jesús, oyeran con paciencia que aquel hijo del Carpintero era el Hijo de Dios, el Mesías prometido, su nuevo Legislador y Rey, á quien debían amar y adorar en tiempo y eternidad? No obstante creyeron, le amaron, le adoraron y Jesús lo predijo.

¿Podía nadie concebir que á la simple voz de los dichos Apóstoles se convencieran los Gentiles de que era preciso cerrar sus templos, abolir sus sacrificios, hacer pedazos sus ídolos, reprimir sus pasiones y abrazar una vida pura é inmaculada? Esto parecía imposible. No obstante lo realizaron y Jesús lo predijo.

Y basta ya, carísimos hermanos, para que todo el mundo entienda la divinidad de Jesucristo al predecir tales cosas, tan fuera de lo natural y tan inverosímiles, y que tan exacta y cumplidamente se realizaron. Con razón, pues, anunció Jesús á los Apóstoles que «*darian testimonio de El en toda la Judea y Samaria y hasta*

los confines de la tierra» (Verso 8). El testimonio está dado, la profecía está cumplida, y Jesús es adorado en todo el universo. ¿Quién será el insensato que ose negar la divinidad de Cristo nuestro Señor?

«Miré—dijo San Juan en el Apocalipsis—y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y su número era millares de millares, los cuales en alta voz decían: *El Cordero que ha sido muerto, es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición.*» (Apocal. V, 11-12.) Ved aquí, en resumen, lo que hemos de llevar todos grabado en lo íntimo de nuestros corazones, y esto es lo que nos enseña la Epístola de este día, mostrándonos la divinidad de Jesucristo, no sólo por el hecho de subir por su propia virtud al cielo, sino *por su ejemplo, por sus milagros y por sus profecías.*

Los que niegan que Jesucristo es Dios y los que no quieren creer en El, son ignorantes ú hombres de mala fe, y, como dijo el Apóstol, *por su incredulidad Dios los entregará á la acción del error, para que crean en la mentira, para que sean condenados todos los que no han creído en la verdad y han consentido la iniquidad* (II Thess., II, 10-11); así como, por el contrario, los buenos cristianos, los hijos de la fe, los que adoran al Señor en espíritu y en verdad, el Señor les galardonará ciento por uno en la tierra, y después la gloria eterna en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el día de la Ascensión del Señor.

Sobre los efectos de la Ascensión.



MADOS hermanos míos: El misterio inefable de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos es sobremanera instructivo y conmovedor para todo fiel cristiano. En él se confirma nuestra fe, se excita nuestra esperanza y se aviva nuestra caridad. Antes de subir al Padre muéstrase como su divino Hijo, y promete enviar al Espíritu Santo; después bendice á sus discípulos,

se eleva por los aires y desaparece de este mundo para no volver á dejarse ver de los hombres hasta la consumación de los siglos. Este es el hecho histórico, y la Epístola de este día le indica con estas palabras:

«*Recibiréis*—dice el Señor á sus discípulos—*la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta en los confines de la tierra.*» Y cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Y estando mirando al cielo y viendo cómo se iba, apareciéronseles dos hombres vestidos de blanco, quienes poniéndose junto á ellos, les dijeron: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que á vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.*» (Act. Apost., 8 al 11.)

Hasta aquí nuestra Epístola, y esto basta, amados míos, para que habiéndose cumplido la venida del Espíritu Santo, y habiendo los Apóstoles dado testimonio de Jesús, como El predijo, creamos que de igual manera se cumplirá la segunda venida de Jesucristo al mundo, para al fin de los tiempos juzgar á los vivos y á los muertos. Consideremos brevemente el misterio, y, aparte de la confirmación de nuestra fe, experimentaremos en nuestro corazón dos saludables efectos, á saber:

- 1.º Cómo se reanima nuestra esperanza
- 2.º Cómo se acrecienta nuestra caridad.

PUNTO 1.º

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR REANIMA NUESTRA ESPERANZA

Nada hay, carísimos hermanos, más consolador para los hombres de la tierra, que la esperanza en Dios para obtener el cielo. Y que la Ascensión del Señor es un firme baluarte para nuestra esperanza no se puede poner en duda. «*Recibiréis*, nos dice la Epístola de este día, *la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros.*» (Verso 8.) Es decir, que aunque nosotros, por nuestra parte, seamos flacos y miserables, Dios nuestro Señor hará que descienda sobre nuestra alma la virtud del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo

mismo, con cuya gracia y auxilios todo lo podemos, según aquello de San Pablo: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*» (1).

Jesucristo, Salvador divino de nuestras almas, sube en cuerpo y alma al cielo, viéndolo multitud de discípulos para que nadie dude de ello, y recibido en la misteriosa nube que le ocultó á sus ojos, parece decirnos á todos: «*Hermanos míos, me voy al Padre, pero al mismo tiempo me quedo con vosotros; me voy para ser vuestro abogado ante el Padre celestial, pero me quedo en vuestros corazones por la gracia y en la Eucaristía con todo mi ser, para servirlos de fortaleza y de alimento; y si esto no fuere bastante, ya he prometido que os enviaré el Espíritu Santo, Espíritu de verdad que os enseñará toda la verdad y os dará el don de sabiduría, el don de entendimiento, el don de consejo, el don de fortaleza, el don de ciencia, el don de piedad y el don de temor de Dios. ¿Qué más podéis desear para que vuestra esperanza sea firme?*»

«*Tenemos*—dijo San Pablo—un poderosísimo consuelo los que esperamos alcanzar los bienes prometidos, y esta esperanza es para nosotros una como áncora firme y segura del alma, que nos hace vivir en la tierra como participando de las delicias del cielo, adonde entró Cristo nuestro Señor por su Ascensión, para prepararnos el lugar que hemos de tener en él, y para ofrecer á Dios, como Pontífice nuestro, los méritos de su muerte.» (Hebr., VI, 18-20.)

¡Hermoso motivo de confianza!, que el Apóstol del amor confirmó en nuestro corazón cuando dijo á sus discípulos: «*Hijos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis. Pero aun cuando alguno, por desgracia, pecare, no desespere, pues tenemos por Abogado para con el Padre á Jesucristo, justo y santo; y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por todo el mundo.*» (I Joann., II, 1-2.)

Es decir, cristianos, que la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos hace reanimarse y crecer en nuestro corazón la más dulce esperanza, puesto que Jesucristo sube y se aposenta cabe el trono de su Padre, para ser nuestro abogado, nuestro patrono, nuestro mediador, nuestro intercesor y nuestra víctima. Él mismo se presenta para ser nuestra caución, ofrece á su Padre sus llagas, sus méritos, su pasión, su sangre y su muerte. Él intercede por nosotros y nos obtiene el perdón, la gracia, la fortaleza y la gloria. «*Jesucristo*—dijo San Pablo—*puede salvar perpetuamente á los que se acercan á Dios por mediación suya; porque está siempre vivo para*

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip., IV, 13.)

interceder por nosotros. (Semper vivens ad interpellandum pro nobis.)—Hebr., VII, 25.)

En suma, hermanos míos, yo os digo con el santo Rey David: «No tengáis envidia á los hombres malos, porque ellos se secarán prontamente, como el heno; esperad en el Señor y haced obras buenas y habitaréis en la tierra (de los vivientes, ó sea en el cielo) y os sustentareis de sus riquezas.» (Psal. XXXVI, 1-3.) Palabras divinas, en las cuales vemos la *causa* de nuestra esperanza, el *modo* de esperar y el *fruto* de esa virtud.

La *causa* es Dios, su misericordia para con nosotros, y porque El es de tal condición, que *sabe, puede y quiere* ayudarnos, y, por consecuencia, *lo hace*. Sabe, porque es sabiduría infinita; puede, porque es omnipotente; quiere, porque es bondad suma, y lo hace siempre que nosotros no le pongamos impedimento. Por eso la gran cuestión en nuestra vida es cooperar á sus gracias y no poner resistencia á sus designios amorosos. (*Spera in Domino.*)

En cuanto *al modo* de esperar, claramente lo expresa el Profeta, por estas palabras: «Haced obras buenas.» (*Fac bonitatem.*) Lo cual es muy justo y debido, porque el fundamento de la salvación es guardar los Mandamientos, é inútilmente espera el que no obra lo bueno por motivos de caridad.

Por último, *el fruto* de nuestra esperanza es la posesión de las riquezas de la tierra; ó como dice el texto sagrado: «Alimentarnos de las riquezas de ella.» (*Pascaris in divitiis ejus.*) ¿Cuáles son—pregunta San Agustín—las riquezas de esta tierra? Y responde el mismo Santo: «Las riquezas de ella son el Señor de ella, Dios.» (Scio.) Otros afirman que por la palabra *alimentarse* (*Pascaris*) se indica la abundancia de la divina beneficencia, y por aquella otra: *riquezas*, se significa la variedad y excelencia de los dones divinos, que se obtienen por la esperanza. Pero sea de esto lo quiera, siempre es cierto que Jesucristo, subiendo al cielo, es para nosotros motivo firmísimo de nuestra dulce esperanza.

Veamos ahora cómo también la Ascensión del Señor á los cielos sirve poderosamente para acrecentar más y más nuestra propia caridad.

PUNTO 2.º

QUE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR ACRECIENTA NUESTRA CARIDAD

Jesucristo, dice nuestra Epístola, se fué elevando de la tierra en presencia de muchas gentes, y le recibió una nube que le ocultó

á sus ojos; y apareciéndose dos ángeles en forma humana y vestidos de blanco, dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que á vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.»—(Verso 11.)

¡Sorprendente y singular prodigio! Sin duda alguna, millones de millones de ángeles acompañarían á Jesucristo, y El, remontándose sobre todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones, llegaría al trono excelso de su eterno Padre, quien haciéndole sentar á su derecha, le dió un nombre sobre todo nombre, haciendo que ante El se doble toda rodilla, y que en aquellas moradas celestes resuene sin cesar aquel sublime cántico, que después fué revelado al Discípulo del amor: «Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.»—(Apocal.) ¿Quién, cristianos míos, puede pensar en la entrada triunfante de Jesús en los cielos, sin que instantáneamente caiga de hinojos ante su divino acatamiento, exclamando con el Profeta: «¡Oh Dios y Señor Nuestro! ¡Cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra, puesto que tu magnificencia ha sido elevada sobre los mismos cielos? (1).»

Pues bien; «El Señor—dijo San Gregorio en sus Morales (lib. 27) nos enseñó muriendo á no temer á la muerte; resucitando, á tener confianza de que también nosotros resucitaremos; y subiendo al cielo, á gloriarnos en la esperanza de poseer algún día la herencia de la patria celestial.» Y siendo esto así, ¿quién no se excita á reverenciar, á amar y adorar á Cristo nuestro Señor subiendo al Eterno Padre, para ser allí nuestro Intercesor, nuestro Pontífice y nuestro Dios? Allí, en el cielo (como dijo San Pablo, Hebr., VI, 20), *entró nuestro Salvador divino, para ser nuestro precursor, para prepararnos el lugar de nuestra suprema dicha, y para ser eternamente nuestro Pontífice, según el orden de Melchisedech.—Allí está siempre vivo para interceder por nosotros.*» *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.*—(Hebr., VII.)

«Convenia—añade San Pablo—que tuviésemos tal Pontífice, santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y más elevado que los cielos. Un Pontífice que se hizo víctima por nuestro amor en la tierra, que perpetuamente renueva su sacrificio en nuestros altares, y que siempre está siendo nuestro Mediador para con el Padre, á fin de que todos nos salvemos. Es decir, que no hay momento en

(1) Domine Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra, quoniam elevata est magnificentia tua super coelos. (Psal. VIII, 2.)

nuestra existencia en el cual no podamos decir: «Ahora mismo se está ofreciendo Jesucristo á su Eterno Padre por mi amor.» Y siendo esto así, como la fe lo enseña, y la Iglesia lo predica y nuestro corazón lo adora, ¿quién no se excita á amar, y reverenciar y alabar á nuestro dulcísimo Salvador subiendo al cielo y triunfante sobre todos los coros angélicos de las moradas celestiales?

No es maravilla que aquellos felices discípulos de Jesús que presenciaron su gloriosa Ascensión, quedaran arrobados sin poder apartar su corazón, ni su espíritu, ni sus ojos de su divino Maestro, y que para hacerlos salir de su asombro fuera menester que se aparecieran dos ángeles y les dijieran: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir, vendrá de la misma manera.*» (Verso 11.) Es decir, vendrá otra vez con la misma majestad á juzgar al mundo.

Aquí, amados míos, termina nuestra Epístola; mas, ¿quién podrá narrar el gozo que experimentarían los Apóstoles con tan agradable promesa? «De tal modo, expone San León, fueron reanimados en su fe, en su esperanza y en su caridad, que nada en lo sucesivo fué capaz de intimidarlos. Ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni la sed, ni el fuego, ni los garfios de hierro, ni las garras de las fieras, ni suplicio alguno de los que inventaron sus crueles perseguidores, fueron parte á que disminuyeran sus regocijos, aun en medio de los oprobios y tormentos de los tiranos. En todo y en todas partes contemplaban á Cristo nuestro Señor radiante de gloria en el cielo, y todos sus trabajos se convertían en dulzuras recordando la promesa de que con igual gloria, poderío y majestad, había de descender á juzgar á los vivos y á los muertos. (*Sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in coelum.*)

Tal debe ser también para nosotros, carísimos hermanos, la fe, la esperanza, la caridad y el regocijo de nuestro espíritu, considerando el glorioso misterio de la Ascensión del Señor á los cielos, y, sobre todo, ante la firme confianza de que cuando baje segunda vez á la tierra, nos ha de colocar á su derecha y decirnos con suave y dulce acento: «*Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado*», por vuestra fidelidad en servirme y en cumplir mis divinos Mandamientos. Esto es lo que con todo mi corazón os deseo, y os bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo VI después de Pascua.

Reglas para vivir santamente.

HERMANOS míos queridísimos: Después que la Iglesia nuestra Madre nos ha presentado en el jueves anterior la Ascensión gloriosa de Jesús á los cielos, terminando la Epístola de aquel día con la promesa divina de que el mismo Jesús, lleno de majestad y de gloria, *ha de bajar de nuevo á la tierra para juzgar á los vivos y á los muertos*, pasa hoy á decirnos que es preciso vivir con cautela practicando las virtudes cristianas en toda su plenitud. Oigamos al Príncipe de los Apóstoles, que en la Epístola de la presente Dominica, refiriéndose á aquel tremendo día, dice así:

«*Hermanos: Sed prudentes y velad en oraciones; pero ante todo tened los unos con los otros una caridad constante; porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Ejercitad los unos con los otros la hospitalidad sin murmuración.*» (I Petr., IV, 7-8 y 9.) Tales son, amados míos, los tres primeros versículos de nuestra Epístola, y en verdad que no es preciso pasar adelante para la instrucción de este día, pues ellos son tan fecundos en enseñanzas morales, que un año entero sería corto para explanarlos. Concretando, pues, las ideas, os explicaré breve y sencillamente tres cosas:

- 1.^a La prudencia necesaria en nuestros tiempos.
- 2.^a La vigilancia continua en toda nuestra vida.
- 3.^a La mutua y constante caridad.

PUNTO 1.^o

LA PRUDENCIA ESPECIAL EN NUESTROS TIEMPOS

«*La prudencia*, dijo el angélico doctor Santo Tomás, *es el ojo y el rector del alma y de todos sus movimientos y acciones.*» (P. 2.^a,